

fúndete con el polvo, adorno brillante! (Arráncase el collar de perlas de su cuello.) ¡Condenados estáis, gran y ricos, á llevar el oro, la plata y las alhajas! ¡Condenados estáis á beber en suntuosos banquetes, condenados á reclinar vuestros miembros en los blandos cojines del deleite! ¡Carlos, Carlos! Así soy digna de tí. (Vase.)

ACTO II,

ESCENA PRIMERA.

FRANZ DE MOOR, reflexionando en su aposento.—
Después, HERMANN.

FRANZ.—Dura demasiado para mí... el doctor dice que se muere... pero la vida de un anciano ¿es acaso eterna?... Y mi camino sería libre y llano si no lo impidiera ese molesto y obstinado pedazo de carne, que, como el perro infernal de los cuentos de duendes, me estorba el goce de mis tesoros.

Mis proyectos ¿han de doblegarse, pues, al yugo de hierro de esa máquina?... Mi espíritu, de vuelo poderoso, ¿ha de ser encadenado al arrastre de caracol de la materia?... Apagar una luz que sólo vive merced á las últimas gotas de aceite... no, hay que hacer más... Y, sin embargo, por miedo á las gentes, no quisiera haberlo hecho. No quisiera matarlo, sino suprimirlo. Desearía hacer lo que un médico hábil, pero al revés... No cerrar la entrada á la naturaleza con un golpe repentino, sino ayudarla á entrar. Si podemos, á la verdad, prolongar la vida, ¿por qué no abreviarla?

Los filósofos y los médicos me enseñan que los afectos del ánimo concuerdan con los movimientos de la máquina

del cuerpo. Las sensaciones desagradables van siempre acompañadas del desarreglo en el juego de los órganos del cuerpo... Las pasiones perjudican á la energía vital... El espíritu agobiado derriba en tierra su morada... ¿Cómo, pues, obraremos?... ¿Quién conocerá el medio de abrir á la muerte esta senda, aun no trillada, para llegar al alcázar de la vida?... ¿Corromper el cuerpo por el alma!... ¡Ah! ¡Una empresa original! ¿Quién podrá realizarla?... ¡Una obra incomparable! Reflexiona en ella, Moor!... Arte sería ésta digna de tu inventiva. El envenenamiento ha sido clasificado casi entre las ciencias exactas, y en virtud de diversas pruebas se ha obligado á la naturaleza á levantar sus barreras, y se pueden calcular con anticipación, por muchos años, los latidos del corazón, y decir al pulso: hasta aquí, y no más allá... ¿Por qué no aquilatar también en esto el poder de nuestro ingenio?

¿Cómo lograré yo destruir esta grata y pacífica unión del alma y del cuerpo? ¿A qué categoría de sensaciones recurriré? ¿Cuáles son las más opuestas á la vida? ¿La ira? Este lobo hambriento se cansa pronto de sí mismo... ¿La pena? Este gusano roe con demasiada lentitud para mí... ¿El dolor? Esta vibora se arrastra con pereza... ¿El miedo? La esperanza lo alivia... ¿Cómo! ¿Son estos los únicos verdugos del hombre?... ¿Tan pronto se agota el arsenal de la muerte?... (Reflexionando profundamente.) ¿Cómo!... ¡Ahora!... ¿Qué? ¿No! ¡Ah! (Con viveza.) ¡El horror!... ¿Qué no puede el horror?... ¿Qué puede la razón, qué la religión contra el frío abrazo de este gigante?... Y, sin embargo... ¿Y si resistiera también sus ataques?... ¿Si él?... Entonces, tú, dolor, y tú, arrepentimiento, Euménides infernales, serpientes ponzoñosas que rumiáis vuestra víctima y os llenáis con vuestra propia inmundicia, destruyendo y creando perpetuamente vuestro veneno; y tú, acusación aulladora de ti misma, que devastas tu propia vivienda y hieres á tu

madre... ¡venid también vosotras en mi auxilio, gracias bienhechoras, pasado de dulce sonrisa; y tú, porvenir risueño, con tu cuerno exuberante en riqueza, ofrecedle en vuestros espejos las alegrías celestiales, mientras esquiváis sus ávidos abrazos con pie ligero!... Así atacaré yo golpe sobre golpe, asalto sobre asalto, esa vida fugitiva, hasta que el escuadrón de las furias, hasta que la desesperación la termine! ¡Victoria, victoria!... Mi plan está ya formado, difícil y artístico como ninguno, seguro, sin peligro; porque (Con ironía.) el escalpelo del disector no encontrará vestigio de herida ni de mortal veneno. (Con decisión.) ¡Ea, pues! (Entra Hermann.) ¡Hola! ¡El *Deus ex machina*, Hermann!

HERMANN. — A vuestras órdenes, digno caballero.

FRANZ. (Dándole la mano.) — No hablas con un hombre desagradecido.

HERMANN. — Pruebas tengo de esta verdad.

FRANZ. — Más has de tener en breve... si, en breve, Hermann... Algo quiero decirte, Hermann.

HERMANN. — Ya escucho atentamente.

FRANZ. — Yo te conozco; tú eres un joven resuelto... un corazón de soldado... con pelos hasta en la lengua... Mi padre te ha ofendido mucho, Hermann.

HERMANN. — Liéveme el diablo si lo olvido.

FRANZ. — ¡Así hablan los hombres! La venganza sienta bien á un alma varonil. Tú me agradas, Hermann. Toma esta bolsa, Hermann. Más pesada sería si yo fuese el único dueño.

HERMANN. — Tal es también mi más ardiente deseo, noble caballero; os doy las gracias.

FRANZ. — ¿Es posible, Hermann? ¿Deseas tú acaso que yo sea el dueño de todo?... pero es de león la médula de los huesos de mi padre, y yo el hijo menor.

HERMANN. — Quisiera que fueseis el primogénito, y que

la médula de los huesos de vuestro padre fuese la de una doncella tísica.

FRANZ. — ¡Ah, cómo te recompensaría el hijo primogénito! ¡Cómo te sacaría de ese vil polvo, que tan poco conviene á tu corazón y á tu nobleza, y te elevaría á más brillantes regiones!... Entonces, tan verdad como estás ahí, que, cubierto de oro y en un coche de cuatro caballos, correrías tú las calles! ¡Sí, sí; de seguro!... Pero olvido el asunto de que pensaba hablarte... ¿Has olvidado ya, Hermann, á la señorita Edelfrico?

HERMANN. — ¡Rayos y centellas! ¡A qué me la recordáis?

FRANZ. — Mi hermano te la ha birlado.

HERMANN. — Ya lo pagará.

FRANZ. — Ella te dió calabazas. Hasta creo que él te hizo rodar las escaleras.

HERMANN. — Y en pago lo enviaré al mismo infierno.

FRANZ. — Él decía que, según se susurraba, te estabas curando, y que tu padre no te veía una vez que no exclamase, dándose golpes de pecho: «Que Dios tenga misericordia de mis pecados.»

HERMANN. (Furioso.) ¡Condenación! ¡Callaos, por Dios!

FRANZ. — Te aconsejó que vendieras en pública subasta tus diplomas de nobleza, para remendar con su producto tus medias.

HERMANN. — ¡Que todos los diablos me lleven! Le sacaré los ojos con las uñas.

FRANZ. — ¿Cómo? ¿Te encolerizas? ¿Por qué te enfureces contra él? ¿Qué daño te puedes causar? ¿Qué es una rata, como tú, contra un león? Tu ira hace más grato su triunfo. No logras otra cosa que rechinar tus dientes, y saciar tu rabia en un pedazo de pan seco.

HERMANN. (Dando una patada en el suelo.) — Quisiera reducirlo á polvo.

FRANZ. (Con una palmadita en el hombro.) — ¡Quita allá,

Hermann! Tú eres un caballero. No debes sufrir la afrenta que te mancha. No debes consentir que te birlen esa doncella, no; ¡por cuanto hay en el mundo! Lléveme el demonio si yo, en tu lugar, no tentaría todos los medios.

HERMANN. — No descansaré hasta no verlo enterrado.

FRANZ. — ¡No por el empleo de la violencia, Hermann! Acéreate... ¡Amalia será tuya!

HERMANN. — ¡Sí; es preciso, pese á todos los diablos; es preciso que así sea!

FRANZ. — La tendrás, te digo, y yo te la daré. Acéreate, te digo... ¿ignoras acaso que está como desheredado?

HERMANN. (Aproximándose.) — ¡Imposible! Nada de esto hubiese sabido.

FRANZ. — ¡Cállate, y oye lo que resta! Otra vez sabrás más... Si; te digo que hace unos once meses está como desterrado. Pero ya se arrepiente el viejo de su decisión precipitada, aunque (Sonriéndose,) según creo, no es obra suya. La señorita Edelfrico no lo deja sosegar un instante con sus quejas y reconvenções. Más pronto ó más tarde lo hará buscar por todos los ángulos de la tierra, y si lo encuentra, ¡entonces, buenas noches, Hermann! Con la mayor humildad estarás cerca de su carruaje cuando vaya con ella á casarse á la iglesia.

HERMANN. — Lo degollaré delante del Crucifijo.

FRANZ. — Su padre le dejará en seguida su herencia para que viva tranquilo en sus castillos. Ese orgulloso tendrá las riendas en su mano, y se burlará de sus enemigos y envidiosos... y yo, que quiero hacerte hombre importante y famoso, yo mismo, Hermann, habré de bajar mi cabeza al pasar el dintel de su puerta.

HERMANN. (Colérico.) — ¡No; esto no sucederá, por el santo de mi nombre; no sucederá mientras haya en mi cerebro una chispa de inteligencia!

FRANZ. — ¡Lo impedirás tú? A tí también, mi querido Her-

mann, alcanzará su látigo; también escupirá en tu rostro cuando lo encuentres en la calle, y ¡ay de tí si te encoges de hombros ó si haces el menor gesto!... mira; tal es el estado actual de tus pretensiones con Amalia, de tus proyectos y de tus planes.

HERMANN.—¿Qué se hace, pues? Decidlo.

FRANZ.—Escucha, Hermann: ya observas que miro tus asuntos como cumple á un amigo verdadero... anda... disfrazate... ponte desconocido; hazte anunciar al anciano; dile que vienes en línea recta de Bohemia, que has estado con mi hermano en la batalla de Praga, y que lo has visto espirar con tus ojos...

HERMANN.—¿Me creerán?

FRANZ.—¿Quién lo duda? Eso corre de mi cuenta. Toma este paquete. Aquí van las instrucciones que has de seguir, y documentos que obligarán á la misma duda á dar fe á tus asertos. Arréglate ahora de modo que salgas sin ser visto. Escápate por el postigo al corral, y salta por las paredes del jardín... yo me encargo de la catástrofe de esta tragi-comedia.

HERMANN.—Que será; viva el nuevo señor Francisco de Moor!

FRANZ. (Tocándole en la mejilla.)—¿Qué sagaz eres!... Ya ves, así logramos pronta y cumplidamente nuestro objeto. Amalia pierde las esperanzas que acerca de él abrigaba. El anciano se echará en cara la muerte de su hijo... y se empeorará: un edificio ruinoso no necesita de la ayuda de un terremoto para desplomarse... no sobrevivirá á esa noticia... entonces soy yo su único hijo... Amalia pierde su apoyo, y será un juguete en mis manos... y puedes pensar sin obstáculo... en una palabra, todo saldrá á medida de nuestro deseo... pero si no faltas á tu palabra.

HERMANN.—¿Qué decís? (Alegre.) Más fácil sería que procediera la bala y que penetrara en las entrañas de quien

la dispara... ¡contad conmigo! Dejadme poner de mi parte... ¡Adios!

FRANZ. (Llamándolo.)—¡La cosecha es para tí, querido Herman! (Solo.) Cuando los bueyes arrastran hasta el granero la carreta cargada de trigo, se les regala con paja. Para ti una moza que cuide el ganado, no Amalia. (Vase.)

ESCENA II.

La alcoba del anciano Moor.

El anciano MOOR, durmiendo en un sillón, y AMALIA.—
Después, DANIEL, FRANZ, y HERMANN.

AMALIA. (Andando de puntillas.)—¡Con cuidado, con cuidado! Duerme. (Colocándose delante de él.) ¡Cuán bello, cuán venerable!... ¡venerable, como se pinta á los santos!... ¡No; no puedo enfurecerme contra tí! ¡Cabeza de blancos rizos! ¡No puedo encolerizarme contigo! Duerme tranquila; despiértate alegre; yo sola velaré y sufriré.

EL VIEJO MOOR. (Soñando.)—¡Hijo mío! ¡Mi hijo, mi hijo!

AMALIA. (Cogiéndole la mano.)—¡Escuchemos, escuchemos! Sueña con su hijo.

EL VIEJO MOOR.—¿Estás ahí? ¿Eres tú verdaderamente? ¡Ah! ¡Cuán desdichado pareces! ¡No me mires con esos ojos afligidos! Yo lo estoy bastante.

AMALIA. (Despertándolo prontamente.)—Despertad, anciano querido. Estáis soñando. Tranquilizaos.

EL VIEJO MOOR. (Medio despierto.)—¿No estaba él ahí? ¿No estrechaba yo su mano? ¡Perverso Franz! ¿Quieres arrancarlo hasta de mis sueños?

AMALIA.—¿Notas esto, Amalia?

EL VIEJO MOOR. (Ya despierto.)—¿En dónde está? ¿en dónde? ¿En dónde estoy yo? ¿Tú ahí, Amalia?

AMALIA.—¿Cómo os encontráis? vuestro sueño era un sueño reparador.

EL VIEJO MOOR.—Soñaba con mi hijo. ¿Por qué no he seguido soñando? Quizás hubiera oído el perdón de mis labios.

AMALIA.—Los ángeles no son vengativos... él os perdona. (Coge su mano con dolor.) ¡Padre de mi Carlos! Yo os perdono.

EL VIEJO MOOR.—¡No, hija mía! La mortal palidez de tu rostro condena á su padre. ¡Pobre joven! Yo he acabado con las alegrías de tu juventud... ¡oh! ¡no me maldigas!

AMALIA. (Besando su mano con ternura.)—¿A VOS?

EL VIEJO MOOR.—¿Conoces esta imagen, hija mía?

AMALIA.—¡La de Carlos!...

EL VIEJO MOOR.—Así era á los diez y seis años. Ahora es muy diverso... ¡oh! Lucha terrible siento en mi alma... esta dulzura se ha trocado en malevolencia, esa sonrisa en desesperación... ¿No es verdad, Amalia? ¿No lo retrataste un día de su santo en el bosquecillo de jazmines? ¡Oh, hija mía! ¡Vuestro mutuo amor me hacia tan feliz!

AMALIA. (Sin quitar sus ojos de la imagen.)—¡NO, no; no es él! ¡Dios mío, no es Carlos!... Aquí, aquí. (Señalando á su cabeza y á su corazón.) ¡Otro, otro enteramente! El color es impotente para expresar el destello divino, que despiden sus ojos ardientes. ¡Quitad allá! ¡Ese es tan humano! ¡YO era una artista torpe!

EL VIEJO MOOR.—Esta mirada afable y expresiva... si estuviera junto á mi lecho me daría la vida, á pesar de la muerte... ¡Nunca, nunca moriría!

AMALIA.—¡Nunca, nunca moriríais! Hubiese sido el paso de un pensamiento á otro más risueño... esa mirada hasta hubiera iluminado vuestra tumba. Os hubiera elevado hasta las estrellas.

EL VIEJO MOOR.—¡Es cosa aflictiva, es insoportable! YO

muerto y mi hijo Carlos no está aquí... me llevarán al sepulcro y no me llorará... ¡Cuán grato es dormirse arrullado por las plegarias de un hijo en el sueño de la muerte!... es el canto de la madre que mece á su hijo.

AMALIA. (Dejándose llevar de sus sentimientos.)—Sí; grato placer celestial es ser arrullado en el sueño de la muerte por el cántico del amante... quizás se sueña también en la tumba... un sueño prolongado, eterno, infinito de Carlos hasta que suene la trompeta de la resurrección. (Levantándose con entusiasmo.) y desde entonces en sus brazos para siempre. (Pausa. Acércase al piano y canta.) «¿Quieres, oh Héctor, separarte de mí para siempre, para ir á donde el fiero homicida de los Eácidas ofrece á Patroclo horrible sacrificio? ¿Quién enseñará entonces á tus hijos á lanzar el dardo y honrar á los dioses, si el Xantho te envuelve en sus ondas?»

EL VIEJO MOOR.—Linda canción, hija mía; has de repetírmela antes de morir.

AMALIA.—Es la despedida de Andrómaca y de Héctor... Carlos y yo la hemos cantado juntos con frecuencia.

(Sigue cantando.)

«Vé, esposa amada, tráeme la mortífera lanza y déjame correr á la guerra sanguinaria. Troya descansa en mi valor. Que nuestros dioses protejan á Astianax. Si sucumbe Héctor, es por salvar á su patria, y allá en el Eliseo nos veremos de nuevo.»

DANIEL.—Fuera hay un hombre que os busca. Dice que desea veros para comunicaros una noticia importante.

EL VIEJO MOOR.—Sólo una cosa importante hay para mí en el mundo, y ya sabes tú cuál es, Amalia... ¿Es acaso algún desdichado que necesita de mí? No debe irse de aquí suspirando.

AMALIA.—Si es un mendigo, que entre al momento.

(Vase Daniel.)

EL VIEJO MOOR.—¡Amalia, Amalia! ¡Ten compasión de mí!
 AMALIA. (Que prosigue cantando.)—«Nunca oigo ya el ruido
 de tus armas; tu espada yace solitaria, y los hijos heroicos
 de Príamo han sucumbido todos. Tú irás á do no se co-
 noce el día, y en donde gime el Cócito en el desierto, y tu
 amor morirá en el Leteo.»

»La negra corriente del Leteo borrrará todos mis deseos,
 »todos mis pensamientos, no mi amor. Pero escucha: la
 »pelea se embravece ya al pie de las murallas; ciñeme la
 »espada, deja el llanto, que el amor de Héctor no muere
 »en el Leteo.»

(Entran Franz, Hermann disfrazado y Daniel.)

FRANZ.—Aquí está ese hombre. Nuevas terribles, según
 dice, trae para vosotros. ¿Podeis oirlo?

EL VIEJO MOOR.—Sólo una conozeo. Ven acá, amigo mío,
 y no temas por mí. Ofrecedle una copa de vino.

HERMANN. (Mudando la voz.)—¡Respetable señor! perdonad
 á un pobre hombre que os desgarré el corazón. Soy aquí
 extranjero, pero os conozeo bien; sois el padre de Carlos
 de Moor.

EL VIEJO MOOR. — ¿Cómo lo sabes?

HERMANN. — Conocí á vuestro hijo...

AMALIA. (Levantándose.) — ¿Vive, vive? ¿Lo conoces? ¿En
 dónde está? ¿En dónde, en dónde? (Quiere irse.)

EL VIEJO MOOR. — ¿Sabes algo de mi hijo?

HERMANN. — Estudiaba en Leipzig. Desde aquí se enca-
 minó no sé adónde. Dió la vuelta á toda Alemania, como
 me dijo, con la cabeza descubierta, descalzo, y pidiendo de
 puerta en puerta. Cinco meses después se declaró esa des-
 dichada guerra entre Prusia y Austria; y como nada espera-
 ba ya del mundo y de los hombres, atrájole hacia Bohemia
 el redoble de los tambores del victorioso Federico. «Permi-
 tidme, dijo al grande Schwerin, que yo muera gloriosamen-
 te como mueren los héroes, porque ya no tengo padre...»

EL VIEJO MOOR. — No me mires, Amalia.

HERMANN. — Diéronle un estandarte. Siguió la marcha
 victoriosa de los prusianos. Dormimos juntos bajo la misma
 tienda, durante algún tiempo. Hablaba mucho de su an-
 ciano padre y de tiempos mejores pasados... y de esperan-
 zas frustradas... haciéndonos llorar.

EL VIEJO MOOR. (Ocultando su rostro bajo la almohada.) —
 ¡Calla! ¡Oh, calla!

HERMANN. — Ocho días después fué la porfiada batalla de
 Praga... y puedo deciros que la conducta de vuestro hijo
 fué la de un valiente soldado. Hizo prodigios á la vista del
 ejército. Cinco regimientos hubieron de relevarse, man-
 teniéndose firme en su puesto. Las balas caían á su dere-
 cha y á su izquierda, y él siempre firme. Una bala des-
 trozó su mano derecha, y él cogió el estandarte con la
 izquierda, y continuó imperturbable...

AMALIA. (Con entusiasmo.) — ¡Héctor, Héctor! ¿Lo oís?
 ¡Siempre firme!...

HERMANN. — Yo lo encontré la noche de la batalla, en
 tierra, sibando las balas alrededor, deteniendo su sangre
 con la mano izquierda, y sepultada en el suelo la diestra.
 «Hermano, exclamó, ha corrido en las filas el rumor de
 haber muerto nuestro general hace una hora.—Ha muerto,
 le respondí; y tú? — Entónces, gritó separando la mano
 izquierda de su cuerpo, quién sea un valiente soldado,
 que siga á su general como yo.» Y en seguida su alma
 magnánima fué á reunirse con la del héroe.

FRANZ. (Acometiendo á Hermann con ira.) — ¡Que la muerte
 imponga silencio á tu lengua maldita! ¿Has venido aquí
 para dar á nuestro padre el golpe mortal?... ¡Padre! ¡Ama-
 lia! ¡Padre!

HERMANN. — He venido para cumplir la última voluntad
 de un compañero moribundo. «Toma esta espada, me dijo,
 que entregaras á mi padre. La sangre de su hijo la tiñe.

Ya está vengado. Que esto le baste. Dile que su maldición me ha traído á esta lucha y á la muerte, y que la desesperación me ha hecho sucumbir.» Su último suspiro fué para Amalia.

AMALIA. (Como si despertara de un mortal ensueño.) — ¡Su último suspiro fué para Amalia!

EL VIEJO MOOR. (Gritando horriblemente y mesándose los cabellos.) — ¡Mi maldición le ha arrastrado á la muerte! ¡ha sucumbido á la desesperación!

FRANZ. (Dando vueltas por el aposento.) — ¡Oh! ¿Qué habéis hecho, padre? ¡Carlos, hermano mío!

HERMANN. — Aquí está la espada, y un retrato, que sacó al mismo tiempo de su pecho. Parece sobremano á esta señorita. «Es para mi hermano Franz,» dijo... pero no sé qué me quiso decir...

FRANZ. (Fingiendo sorpresa.) — ¿A mí? ¿El retrato de Amalia? ¿A mí, Carlos, Amalia? ¿A mí?

AMALIA. (Precipitándose colérica contra Hermann.) — ¡Mentiroso y venal mercenario! (Sacudiéndolo con rabia.)

HERMANN. — ¡No lo soy, noble señorita! Mirad vos misma si no es esta vuestra imagen... Acaso la hayáis dado antes.

FRANZ. — ¡Dios mío! ¡Tu retrato, Amalia! Es indudablemente el tuyo.

AMALIA. (Devolviéndole su retrato.) — El mío, el mío! ¡Oh tierra, oh cielos!

EL VIEJO MOOR. (Gritando y arañándose el rostro.) — ¡Ay, ay de mí! ¡Mi maldición lo ha arrastrado á la muerte! ¡La desesperación lo ha hecho sucumbir!

FRANZ. — ¡Y se acordaba de mí en la última y angustiosa hora de su vida! ¡Se acordaba de mí! ¡Alma angelical!... Cuando el negro manto de la muerte se extendía sobre su cabeza; ¡se acordaba de mí!...

EL VIEJO MOOR. (Sollozando.) — ¡Mi maldición lo ha arras-

trado á la muerte; mi hijo ha sucumbido lleno de desesperación!...

HERMANN. — Yo no puedo sufrir tanto dolor. Adios, pues, anciano caballero. (Aparte á Franz.) ¿Por qué habéis hecho esto, joven? (Vase corriendo.)

AMALIA. (Persiguiéndolo.) — ¡Deteneos, deteneos! ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

HERMANN. (Retrocediendo.) — Su último suspiro fué para Amalia. (Vase.)

AMALIA. — Su último suspiro fué para Amalia!... No, ¡tú no mientes! Así es verdad... verdad... ¡ha muerto! (Vacilando a uno y otro lado hasta que cae.) ¡Muerto... ¡Carlos ha muerto! ¡ha muerto!

FRANZ. — ¿Qué veo? ¿Qué es esto que hay en la espada, escrito con sangre?... ¡Amalia!

AMALIA. — ¿De él?

FRANZ. — ¿Lo veo, ó estoy soñando? Miralo escrito con sangre: «¡Franz, no abandones á mi Amalia!» y por el otro lado: «Amalia, la muerte todopoderosa te absuelve de tu juramento...» ¿Ves tú ahora? ¡Ves tú ahora? ¡Lo escribió con su mano ya inerte; lo escribió con sangre aún caliente de su corazón; lo escribió al borde ya de la eternidad! Su espíritu, ya fugitivo, detuvo su vuelo para unir á Franz y Amalia.

AMALIA. ¡Santo Dios! Está escrito de su puño... ¡Nunca me ha amado! (Vase precipitadamente.)

FRANZ. (Dando con el pié en el suelo.) — ¡Condenación! Todos mis artificios se estrellan en esa obstinada doncella.

EL VIEJO MOOR. — ¡Ay, ay de mí! ¡No me abandones, hija mía! ¡Franz, Franz, devuélveme mi hijo!

FRANZ. — ¿Quién lo maldijo? ¿Quién obligó á su hijo á luchar con la muerte y la desesperación?... ¡Oh, era un angel, un don del cielo! ¡Maldición sobre sus verdugos! ¡Maldición, maldición sobre vuestra cabeza!

EL VIEJO MOOR. (Golpeándose con el puño el pecho y la frente.)
—¡Era un angel, un don del cielo! ¡Maldición, maldición,
muerte, maldición sobre mí! ¡Yo soy el padre, que ha hecho
perecer á su hijo magnánimo! ¡Me amó hasta la muerte,
Por vengarme, no vacilé en pelear y morir. ¡Monstruo!
¡MONSTRUO! (Se enfurece contra sí mismo.)

FRANZ. — Ya no existe. ¿Para qué sirven esas acusacio-
nes tardías? (Con risa sardónica.) ¡Más fácil es matar, que
dar la vida! Nunca más lo evocaréis de su sepulcro.

EL VIEJO MOOR. — ¡Nunca, nunca lo evocaré de su sepul-
cro! ¡Perdido, perdido para siempre! ¡Y tú me arrancaste
esta maldición! tú, tú, ¡devuélveme mi hijo!

FRANZ. — No excitéis ahora mi ira. Yo os abandono á la
muerte.

EL VIEJO MOOR. — ¡Monstruo, monstruo! ¡Devuélveme mi
hijo! (Levántase de su sillón, é intenta ahogar á Franz, que lo
sacude hacia atrás.)

FRANZ. — ¡Músculos impotentes! Os atreveréis... ¡Morid
y desesperad! (Vase.)

EL VIEJO MOOR. — ¡Que mil maldiciones retumben en
tus oídos! Me has arrancado á mi hijo de los brazos.
(Cae desesperado en su sillón.) ¡Ay, ay de mí! ¡Desesperarse,
pero no morir!... Huyen, me abandonan á la muerte... mis
buenos ángeles huyen de mí; todos los santos esquivan al
asesino de blancos cabellos... ¡Ay, ay de mí! ¡Nadie querrá
sostener mi cabeza, nadie librar mi alma de esta batalla?
¡Ni hijos, ni hijas, ni amigos!... Sólo hombres... ninguno,
ni uno solo... abandonado... ¡Ay, ay de mí! ¡Desesperarse,
pero no morir! (Entra Amalia con los ojos llorosos.) Amalia,
mensajera del cielo, ¿vienes á librar mi alma de sus tor-
mentos?

AMALIA. (Con dulzura.)—Habéis perdido un hijo estimado.

EL VIEJO MOOR.—Asesinado, querrás decir. Bajo el peso
de este testimonio compareceré ante el tribunal de Dios.

AMALIA.—¡No de esta manera, afligido anciano! Nuestro
padre celestial lo ha llamado á sí. ¡Hubiésemos sido tan
felices en este mundo!... Allá arriba, allá arriba, sobre los
astros... nos veremos de nuevo.

EL VIEJO MOOR.—¡Volverse á ver, volverse á ver! ¡Oh!
un puñal ha de atravesarme el alma, cuando yo, santo, lo
encuentre entre los santos... ¡Los horribles tormentos del
infierno me harán temblar en medio del cielo! Al contem-
plar yo lo infinito, me devorará el recuerdo de haber asesi-
nado á mi hijo.

AMALIA.—¡Oh! su sonrisa arrancará de vuestra alma esa
triste memoria. Tranquilizaos, pues, padre amado. Yo lo
estoy ya completamente. ¿No ha pronunciado ya ante su
celestial auditorio el nombre de Amalia, acompañado del
arpa seráfica, y esos coros del cielo no la han repetido
después? Ciertamente su último suspiro fué Amalia. ¿No
será también Amalia su primer grito de júbilo?

EL VIEJO MOOR.—Celestial consuelo destilan tus labios.
¿Dices tú que me habrá de sonreír? ¿Que me perdonará?
Has de estar á mi lado cuando yo muera, amada de mi
Carlos.

AMALIA.—Morir es volar á sus brazos. ¡Bienaventurado
seréis! Vuestra suerte será envidiable. ¿Por qué no se han
secado estos huesos? ¿por qué no son blancos estos cabe-
llos? ¡Ay del vigor de la juventud! Feliz tú, débil anciano,
más cerca del cielo y de mi Carlos. (Entra Franz.)

EL VIEJO MOOR.—¡Entra, hijo mío! Perdóname si antes fui
contigo demasiado irascible. Todo te lo perdono. Quisiera
exhalar en paz mi alma.

FRANZ.—¿Habéis llorado ya bastante á vuestro hijo? Por
lo que parece, tenéis todavía uno.

EL VIEJO MOOR.—Doce tenía Jacob, y lloró á José con lá-
grimas de sangre.

FRANZ.—¡Ya!

EL VIEJO MOOR.—Anda, hija mía, toma la Biblia, y léeme la historia de Jacob y de José. Siempre me ha conmovido, cuando no era yo otro Jacob.

AMALIA.—¿Qué he de leer? (Coge la Biblia y la hoja.)

EL VIEJO MOOR.—Léeme los lamentos de ese padre sin hijo, cuando no lo encontró en la compañía de los demás... y no estaba entre los once... y sus lamentos, cuando oyó que había perdido á su José para siempre...

AMALIA. (Leyendo.)—«Y tomaron la túnica de José, y desgollaron un macho cabrío y empaparon en su sangre la túnica, y la trajeron manchada, y la presentaron á su padre, diciendo: Esto es lo que hemos encontrado; mira si es ó no la túnica de tu hijo. (Franz se aleja de repente.)» «Él la conoció, y dijo: Esta es la túnica de mi hijo; una bestia dañina lo ha devorado, una bestia carnícera lo ha desgarrado.»

EL VIEJO MOOR. (Cayendo sobre su almohada.)—Una bestia carnícera ha desgarrado á José.

AMALIA. (Que prosigue leyendo.)—«Y Jacob rasgó sus vestidos, y envolvió en un saco sus riñones, y lloró á su hijo largo tiempo, y todos sus hijos é hijas acudieron á consolarlo; pero él no quería consolarse y repetía: Yo seré enterrado con dolor.»

EL VIEJO MOOR.—¡Déjalo, déjalo! Me siento muy mal.

AMALIA. (Levantándose de improviso y dejando caer el libro.)—¡Socorro, cielos! ¿Qué es esto?

EL VIEJO MOOR.—¡Es la muerte!... Negra... vuela... ante mis... ojos... ruégote... que lames al sacerdote... para que me... dé la comunión... ¿En dónde está... mi hijo Franz?

AMALIA.—¡Ha huido! ¡Dios tenga misericordia de nosotros!

EL VIEJO MOOR.—¿Huido... huido del lecho del moribundo... Y esto es todo... todo... de dos hijos de tantas espe-

ranzas... tú me los has... dado... tú me... los quitas... Tu nombre sea...

AMALIA. (Dando un grito.)—¡Muerto! ¡Todo ha muerto!
(Vase desesperada.)

FRANZ. (Que entra alegre saltando.)—¡Muerto dicen, muerto! Ahora yo soy el dueño. En todo el castillo resuena la palabra muerto... Pero, ¿será que sólo duerme?... ¡Sin duda; ay de mí, sin duda! Esto es de seguro un sueño, que jamás trae consigo los buenos días... La muerte y el sueño son dos hermanos gemelos. Troquemos una sola vez sus nombres. ¡Sueño grato y bien venido! Te llamaremos muerte. (Ciérrale los ojos.) ¿Quién se aventurará á venir ahora, y á decirme que comparezca ante la justicia, ó á llamarme bribón con descaro? ¡Lejos, pues, esa máscara pesada de dulzura y de virtud! Ahora veréis á Franz tal cual es, y temblaréis! Mi padre paliaba sus exigencias, convertía en familia á sus dependientes, sentábase ante su puerta con afable sonrisa, y los apellidaba hermanos é hijos... Mis cejas os amenazarán como nubes tempestuosas, mi nombre temido dominará estas montañas como un cometa temeroso, mi frente será vuestro barómetro. Él acariciaba y sonreía al miserable, que se rebelaba contra su poder. Pero sonreír y acariciar no son mis flacos. Quiero hundiros en las carnes mis espuelas poderosas, y probar en vosotros el valor de mi látigo... En mis dominios he de ir tan lejos, que las patatas y la cerveza negra sean el regalo de los días de fiesta, y ¡ay del que se presente á mi vista con los colores de la robustez y de la vida! ¡La pálida pobreza y el temor del esclavo serán el mote de mi divisa; esta será vuestra librea! (Vase.)